

Las aporías morales de Kant y las paradojas políticas del presente

Kant's Moral Aporias and the Political Paradoxes of the Present

Roberto R. Aramayo*

INSTITUTO DE FILOSOFÍA DEL CSIC, ESPAÑA

ORCID: 0000-0002-4771-8306



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License.

doi: 10.48102/rdff.v58i161.455

Revista de Filosofía · año 58 · núm. 161 · julio-diciembre 2026 · ISSN: 0185-3481 (impreso) 2954-4602 (en línea) · pp. 120-137

Resumen

Nada sería más espeluznante que confiar la resolución de nuestros dilemas morales a una inteligencia artificial, por considerarla más competente y objetiva. Por muy portentosa que sea su capacidad para calcular, con esas reglas de juego nunca saldríamos del ámbito meramente pragmático. De ahí que una buena voluntad sea lo más valioso para Kant. Nada ni nadie puede suplantarnos al timón de la ética. Es una tarea irrenunciable que no cabe transferir y de la que no podemos absolvernos. Estamos condenados a ser libres y equivocarnos al emitir juicios morales. Por eso, el presente texto urge a reivindicar ese aserto que Kant enarboló como divisa de la Ilustración, atreverse a servirnos de nuestras propias neuronas y asumir que siempre podemos equivocarnos.

Abstract

Nothing would be scarier than to simply trust the resolution of moral dilemmas to an Artificial Intelligence, just because we assume it is more competent and objective. Even if it has great potential to compute and process data, with this alone we would not go beyond a merely pragmatic form of reasoning. That is why, for Kant, a good will is the most valued thing there can be. No one and nothing can take our place in ethics. It is an inevitable task, which cannot be transferred nor avoid. We are condemned to be free and to sometimes be mistaken in our moral judgments. This text invites to reclaim Kant's motto for the Enlightenment, we must have the courage to use our own neurons and assume that we can always make mistakes.

Recepción 04-02-2026 / Aceptación 9-03-2026

doi: 10.48102/rdi.v58i161.455

* Roberto R. Aramayo, profesor de Investigación en el IFS del CSIC (España), organismo al que se adscribió con una beca predoctoral en 1982; realizó su tesis en la UCM con Antonio Pérez Quintana. Estudioso de Kant, ha traducido muchos textos kantianos al español, también ha editado obras de Cassirer, Diderot, Federico II de Prusia, Rousseau, Voltaire y Schopenhauer. Ha oficiado como editor de las revistas *Con-Textos Kantianos* e *Isegoría*; igualmente promovió y dirigió las colecciones *Diálogos con Clásicos europeos* (PyV), *Theoria cum praxi* (PyV/CSIC), *Moral, Ciencia y Sociedad* (PyV), *EidÉtica* (Herder), *Clásicos del Pensamiento* (CSIC) y la Biblioteca Digital Kantiana CTK E-Books. Es autor de los ensayos “Vejez-disenso-justicia distributiva” (2020), “Rousseau: y la política hizo al hombre (tal como somos)” (2020), “Voltaire: ironía frente a la intolerancia del fanatismo” (2020), “Diderot contra el colonialismo y las tiranías” (2020), “The Chimera of Philosopher King” (2019), “Kant: entre la moral y la política” (2018), “Schopenhauer: la lucidez del pesimismo” (2018), “Rousseau y sus ensoñaciones” (2016), “Cassirer y su neo-Ilustración” (2009), “Immanuel Kant: la utopía moral como emancipación del azar” (2001), “La quimera del rey-filósofo: los dilemas del poder o el frustrado idilio entre lo político y la moral” (1997) y *Crítica de la razón ucrónica: Estudios en torno a las aporías morales de Kant* (1992).

Elogio de las aporías éticas kantianas

Como hizo Javier Muguerza en su prólogo a mi *Crítica de la razón ucrónica*, cabe presentar a Kant como un autor aporético, en el sentido de que le interesaba mucho más hacer un diagnóstico sobre los problemas y abordarlos desde todos los ángulos posibles, antes que aventurar una solución a los mismos. Esto vale cuando menos en el terreno de la ética, donde proliferan las aporías morales de raigambre genuinamente kantiana. El carácter antinómico de la razón permite defender tesis y antítesis en función del punto de vista adoptado. La libertad puede servir como un caso paradigmático para ilustrar esta condición jánica de los planteamientos kantianos. Nuestro actuar se ve determinado por las circunstancias y por una inexorable concatenación causal, pero, al mismo tiempo, cabe considerarse libre dentro del mundo fenoménico gracias a nuestra conciencia moral, capaz de contrarrestar las más poderosas inclinaciones. Para sentirnos libres en el mundo de los hechos, hemos de supeditarnos a una legislación diferente, a esa ley moral que vienen a expresar formalmente las tres formulaciones del imperativo categórico.

Esta explicación circular, señalada hacia el final de la *Fundamentación*, cuenta con otra similar vertida en una célebre nota al comienzo de la segunda *Crítica*, donde Kant define a la libertad como razón de ser del deber, es decir de la ley moral; esta razón nos permite conocer aquélla, es decir, somos capaces de ser libres. Nuestra libertad es nada menos que un hecho indiscutible de la razón pura práctica y, por eso, ni siquiera hay que postularla. Por su lado, la ley moral será el sustrato divino que hallaremos en el fondo de nuestra ciudadela interior, aquello que nos permite forjar un criterio ético propio adaptado a cada caso concreto y darnos, por tanto, leyes autónomas que no se desprenden de ningún código heterónimo, como harían unos mandamientos divinos o cualquier normativa en cuya factura no hayamos intervenido. De hecho, en sus legajos póstumos, Kant escribió que Dios es la razón ética-práctica y autolegisla-

dora. Las consecuencias de este diagnóstico no son en absoluto triviales. Al no haber ninguna instancia superior a la cual apelar en materia ética, porque nuestra corte suprema es la propia conciencia moral, significa que no pueden echarse balones fuera y transferir la responsabilidad por nuestros actos a nada ni nadie, sin atenuante alguno.

La inteligencia artificial y los juicios morales

Ciertamente, podemos mostrarnos dadivosos con las faltas ajenas, pero no cabe hacer otro tanto con las nuestras. Cada cual ha de velar por su propio cumplimiento del deber, sin confiar ese quehacer a nadie más. Nada sería más espeluznante que confiar la resolución de nuestros dilemas morales a una inteligencia artificial, por considerarla más competente y objetiva. Por muy portentosa que sea su capacidad para calcular, con esas reglas del juego nunca saldríamos del ámbito meramente pragmático, propio de un cálculo prudencial que puede proporcionar consejos basados en probabilidades recogidas por la estadística, pero nunca suministrará un genuino criterio ético, al que no le interesa el éxito, sino el buen pedigrí de las intenciones. De ahí que una buena voluntad sea lo más valioso para Kant. Un buen talante se sitúa muy por encima de los dones de la fortuna y de los talentos adquiridos, al margen de que la suerte le acompañe o abandone. Cuando nos ponemos en manos del azar y quedamos pendientes de su respaldo, no podemos obrar con total autonomía y descargamos en ese vector parte de nuestra responsabilidad, lo que no es en absoluto admisible para el formalismo ético. A una sofisticada y portentosamente capaz IA le ocurriría lo que al dios kantiano: tendría vetado poder oficiar como agente moral, por la sencilla razón de que no puede ser virtuosa.

En el caso de la hipotética voluntad santa que atribuimos a Dios —porque no puede ser buena, dado que no debe sobreponerse a las inclinaciones—, lo mismo sucedería con la IA, que ni siquiera tendría nada

similar a nuestra capacidad volitiva. Se trata de una herramienta que nunca debería poder decidir nada por su cuenta, su programación debería limitarse a labores de mero asesoramiento, dejando las decisiones en manos humanas. Resulta escalofriante imaginar que las máquinas pudieran algún día dirimir una selección de personal, el ingreso en la universidad o cuándo dispensar cuidados paliativos. Aunque, por supuesto, no faltarán partidarios de que así sea, para encubrir bajo el manto de una falsa objetividad un sesgo programado para defender ciertos intereses o una determinada visión del mundo. Una tendenciosa propaganda demagógica orquestada con habilidad podría intentar convencernos de que más vale confiar cosas tan delicadas como los triajes médicos o las decisiones judiciales de alcance a una entidad presentada como imparcial e incorruptible. La ley del mínimo esfuerzo facilita esa labor, según señaló con acierto Kant en *¿Qué es la Ilustración?* Resulta más cómodo no pensar por cuenta propia y no abandonar una *culpable minoría de edad*.

Al no sentir ni padecer, la IA no puede aplicar algo tan elemental como imaginarse ocupando nuestro lugar, es decir, el del otro. La ética kantiana exige hacerlo así gracias a las formulaciones del imperativo categórico, para adoptar máximas que valgan universalmente, como leyes, que sean válidas para cualquiera, en cualquier momento y lugar. Los cálculos algorítmicos pueden aspirar a tener una validez más o menos general, de tipo estadístico, pero nunca adquirirán un carácter universal. Manejar un sinfín de probabilidades permite que las personas mejor entrenadas puedan perder jugando al ajedrez o incluso al Go con una IA, pero esto no la habilita para usurpar las prerrogativas de nuestra conciencia moral, exclusivas del género humano. Sería bastante necio de nuestra parte consentir que una IA dirimiese nuestros gustos estéticos y determinara lo que resulta una genialidad en las artes. Pero más catastrófico aún sería que le confiásemos la brújula de nuestro itinerario moral, porque, desde luego, no habría lugar para ningún resquicio de autonomía. Esa tutela sería tan despótica como la de cualquier otro paternalismo, y adoptarla nos

despojaría del rasgo primordial que nos hace personas: asumir nuestra responsabilidad al fijar autónomamente nuestros criterios morales.

La IA puede resultarnos muy útil para refinar diagnósticos médicos y contrastar toda suerte de hipótesis científicas, pero sería un horroroso error cederle los mandos de nuestro comportamiento moral. Nada ni nadie puede suplantarnos al timón de la ética. Es una tarea irrenunciable que no cabe transferir y de la cual no podemos absolvernos. Estamos condenados a ser libres y poder equivocarnos al emitir juicios morales. Lo contrario nos homologaría con las meras cosas, a las que les ponemos un precio por ser mercancía intercambiable. Al someternos a los dictámenes de una IA, nos estaríamos instrumentalizando a nosotros mismos en aras de una ensoñación fantasmagórica, suscribiendo una servidumbre voluntaria difícilmente reversible. A decir verdad, el reino de los fines kantiano no tendría cabida en una constelación como la representada por las redes sociales, articulada por distintas manifestaciones de la IA. Esconder nuestra identidad bajo máscaras denominadas avatares, mientras buscamos engañar con meras apariencias en busca de su efímero agrado, instrumentalizar a los demás para conseguir nuestros objetivos, es algo que subvierte la concepción kantiana de una comunidad regida por el respeto a los derechos ajenos y donde se limite nuestra libertad a no dañar las libertades del resto. Estaríamos más bien inmersos en ese pueblo demoníaco del que nos habló Kant en *La metafísica de las costumbres*.

Paradojas políticas del presente como una contra-ilustración

Netanyahu ha propuesto a Donald Trump como candidato al Premio Nobel de la Paz y este último ha manifestado que tal propuesta significa mucho al venir de quien viene. Un escarnio de tal envergadura debería

ser denunciado internacionalmente, pero nadie osa hacerlo. La Unión Europea ni siquiera toma medidas contra el genocidio de Gaza y sólo registra ciertos indicios relativos a que se conculcan derechos humanos, pero sin efectuar ninguna acción, cuando menos comercial. Cualquier crítica a una matanza escalofriante se persigue como antisemita y defensora del terrorismo, como si la execrable acción terrorista de Hamas pudiera justificar una cruel y sangrienta venganza bíblica contra ciudades habitadas por civiles: una población civil que no tiene donde refugiarse y se ve acibillada cuando hace cola para recibir alimentos. A los ciudadanos de Gaza se les invita a que decidan emigrar libremente, haciendo gala de un truculento cinismo que resulta increíble. Ya se preparan planes para urbanizar ese territorio una vez que desaparezca la población local y sea ocupado por colonos israelíes, para recibir turistas multimillonarios. Algunas empresas estadounidenses harán pingües negocios con esas lujosas promociones inmobiliarias y, al parecer, Trump merece un monumento por auspiciar semejante barbarie, que deja en pañales a la conquista del espacio vital propugnada por Hitler, quien a este paso podría recibir póstumamente algún Premio Nobel de nuevo cuño.

Asistimos atónitos a un resurgimiento del despotismo, que no tiene nada de ilustrado, porque se precia justamente de atentar contra los principios ilustrados enarbolados por Kant y la Revolución francesa. La divisa de *libertad, igualdad y fraternidad* ha dado lugar a un *pluto-libertinaje*, una suma *desigualdad estructural* y el desprecio a la suerte ajena que predicán los movimientos ultra neoliberales con tintes neofascistas totalmente *antisolidarios*. Los valores de la modernidad se ven como algo periclitado, suponen un lastre para una comunidad en la cual sólo hay sitio para los triunfadores, para quienes persiguen su propio interés a cualquier precio y sin reparar en el daño que su maximización del beneficio ocasione a sus congéneres. El humanismo renacentista, caracterizado por primar lo cultural, se ve sustituido por una deshumanización que subvierte la distinción kantiana entre personas y cosas; instrumentaliza

absolutamente todo en aras de salirse con la suya, sin reparar en mientes ni en los desastrosos efectos colaterales de considerar a todo el género humano como un mero medio para obtener sus lucrativos fines. Cualquier consideración ética brilla por su ausencia en este universo que tiene como referente a la *Ilustración oscura*.

Esa denominada *Ilustración oscura* es en realidad una *Contra-Ilustración* en toda regla, puesto que subvierte radicalmente las premisas ilustradas y propugna el advenimiento de sus antagonistas. Necesita matar a Montesquieu y su división de poderes, repudiar a Rousseau y su concepto de voluntad general, así como revocar el primordial principio kantiano de autonomía, propiciando más bien una nueva servidumbre voluntaria inimaginable para La Boétie. Lo que prima es la ley del más fuerte y la supervivencia de los truhanes con menos escrúpulos. La empatía es vista como un lastre del que deben librarse los depredadores para triunfar al pisotear al resto. El buenismo se ha convertido en una etiqueta oprobiosa y las buenas intenciones no se cotizan en absoluto, se consideran una ingenua ñoñería que te puede buscar la ruina. Dejarse llevar por las más bajas pasiones y obedecer a los dictados del egoísmo más recalcitrante pasan por ser el mejor criterio. Basta volver al revés cuanto enuncia el planteamiento ético kantiano para dar con las claves actualmente hegemónicas.

A Kant le parecía un error entregarse al cálculo prudencial y probabilístico, porque con ello nos ponemos en manos del azar y el éxito no depende por entero de nosotros. Obviamente, nuestra *conciencia moral* tiene memoria histórica de sus desaguisados pretéritos y no deja de tenerlos en cuenta para encarar el futuro, pero, con todo, el aspecto primordial radica en cultivar la voluntad para que sea buena de suyo y forje nuestro carácter ético, lo que Aranguren llama *talante moral*. Sin embargo, ahora mismo esto es tomado como un estorbo para conseguir la realización de nuestros anhelos a toda costa, sin reparar en los daños directos y colaterales acarreados por ese comportamiento. En lugar de restringir nuestra libertad para no causar perjuicio a las libertades ajenas y propiciar la ma-

yor *co-libertad* posible, se impone la propia sin reservas, retornando a ese libertinaje salvaje y sin ley previo a la idea regulativa kantiana del contrato social. Huelga señalar que semejante proceder no sería universalizable, porque sucedería lo mismo que al mentir: puedo querer aplicarlo como máxima en una coyuntura determinada, pero destruiría la confianza en los acuerdos contractuales de aplicarse todo el tiempo. Lejos de ponernos en la piel del otro, le ignoramos como algo prescindible, salvo si nos conviene utilizarlo como instrumento que sirva a la consecución de nuestra meta particular. La solidaridad sería una rémora para el ventajismo y los otros estarían para ser vencidos a cada paso, sin importarnos en absoluto la suerte que puedan correr. Es el reverso de la justicia social que postulan los planteamientos ético-políticos del kantismo, que reniegan de la caridad o la filantropía, porque pretenden restaurar una injusticia que no haya podido evitarse previamente.

El fenómeno antiético de la deshumanización política-social

El humanismo renacentista, ese culto por el saber y las artes que nutrió a la Ilustración, ha dado paso a una desinformación sistemática propiciada por un abuso de las nuevas tecnologías. La deshumanización encuentra un terreno bien abonado en esa maniquea polarización política, que no reconoce como ser humano al diferente, demoniza lo foráneo por el mero hecho de serlo y salta al cuestionar el férreo dogmatismo imperante. Como en las peores pesadillas distópicas, el individuo se ve abducido por esa masa que sigue sin pestañear al indiscutible líder supremo. Este fenómeno diluye la responsabilidad personal en el colectivo al que se pertenece, que odia cuanto cuestione su presunto supremacismo. En *El conflicto de las facultades*, Kant encomendó a la filosofía denunciar estas desviaciones, ocupando el ala izquierda del parlamento universitario

para criticar los abusos del poder y desenmascarar las fórmulas mágicas de aquellos politicastros que quieran hacerse pasar por taumaturgos, cuyas recetas mágicas prometan solucionar, como por ensalmo, todos los problemas de un plumazo. Tras su estela, Cassirer se propuso luchar contra la ideología del nazismo desde una posición ética de corte kantiano y reclamar, bajo esa óptica, el mejor planteamiento político de Rousseau, como cabe leer en esa introducción a su *Filosofía de la Ilustración* publicada póstumamente y que se ha editado en español con el título de *Rousseau, Kant, Goethe: Filosofía y cultura en el Siglo de las Luces*.¹

Necesitamos emular a ese Cassirer a quien le tocó vivir tiempos políticos muy tenebrosos y recuperar las esencias del inconcluso programa ilustrado, para contrarrestar el movimiento plutocrático-reaccionario que pretende imponer su economicismo, cual, si fuera una sacrosanta verdad revelada, convirtiendo en pura blasfemia cualquier apreciación que no le siga la corriente. Nos hacen falta muchos émulo de Diderot, que se propongan cambiar el modo común de pensar, como él se planteó hacer con su legendaria *Enciclopedia*, contrastó las narrativas ortodoxas y hegemónicas con otras alternativas, para que sus lectores sacaran sus propias conclusiones. El problema es que las mentiras ya no tienen las patas muy cortitas, como decía la voz popular, al contrario, corren que se las pelan, puesto que los bulos consiguen hacerse virales en un abrir y cerrar de ojos, mediante un sensacionalismo exacerbado que interpela directamente a nuestras emociones. La información contrastada exige verificar los hechos y documentar los datos, requiere su tiempo para desmentir con fundamentos las patrañas y los embustes proferidos a la ligera para embaucarnos con sus cantos de sirena.

¹ Ernst Cassirer, *Rousseau, Kant, Goethe: Filosofía y Cultura en el Siglo de las Luces*, trad. Roberto R. Aramayo y Salvador Mas (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2017).

Se trata de una lucha desigual, como la protagonizada por Cassirer y Heidegger en el mítico debate de Davos del año 1929, el cual reprodujo las discusiones mantenidas por dos personajes de *La montaña mágica* en donde Thomas Mann reflejó todo un ambiente de confrontación ideológica, entre un ilustrado renacentista y un nostálgico de los paternalismos despóticos. Me permito remitir aquí a mi último libro, titulado *El talante moral de la Ilustración y sus correlatos políticos*.² A modo de libreto teatral o guion cinematográfico, allí se presentan cuatro secuencias que retratan los avatares del pensamiento moderno desde la Ilustración hasta nuestros días. En ese *casting* desfilan personajes como Diderot, Rousseau, Kant y Cassirer, para mostrar la vigencia de los legados que debemos a la Ilustración. La Revolución francesa y su Declaración de unos derechos humanos alumbraron la época moderna desde una perspectiva socio-política, pese a las imperfecciones que tuvo su implementación, donde se marginó a las mujeres y a otros colectivos que no parecían aptos para obtener una carta de ciudadanía. Pese a todo, el sistema democrático deliberativo le debe mucho a esa revolución y otro tanto sucede con ese frágil Estado de bienestar al que actualmente se le quiere hacer pasar por una inalcanzable y absurda quimera.

Cuán instructivo resulta releer ese satírico escrito kantiano titulado *Hacia la paz perpetua: Un diseño filosófico*. En unas pocas páginas, Kant diseccionó todas las trampas utilizadas para redactar efímeros tratados de paz, concebidos para tomarse un respiro y pertrecharse mejor para continuar con la guerra. El célebre artículo secreto añadido a la segunda edición reclama paradójicamente que circulen libremente las reflexiones críticas, porque todos oficiamos como filósofos en materia política y ningún ciudadano debe absolverse de participar en la cosa pública. Contra lo soñado

² Roberto. R Aramayo, *El talante moral de la Ilustración y sus correlatos políticos* (Ciudad de México: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2025).

por Platón, es absurdo pretender que los gobernantes ejerzan al mismo tiempo como críticos de sí mismos. A Kant no le convence que haya filósofos reyes o reyes filósofos, como quiso ver Voltaire en Federico II de Prusia o Diderot en la emperatriz Catalina II de Rusia. Se conforma con que se licencie a los *moralistas políticos*, fichando a *políticos morales*. Los primeros, como es usual, apelarán en vano a la ética para recubrir sus tropelías con ese prestigioso barniz, mientras que los otros intentarán conciliar las responsabilidades asumidas con sus convicciones morales. No hay tarea más ardua para la humanidad que conseguir una constitución política perfecta. Su consecución propiciaría un reino de los fines terrenal, pero este quiliasmo sólo representa un horizonte utópico-moral que, por definición, debe perseguirse constantemente, nos conformaremos con hacer algún progreso en ese itinerario, a pesar de los consabidos e inevitables retrocesos.

Algunas raíces de una nueva servidumbre voluntaria

En lugar de aprestarnos a tomar las riendas de nuestro destino, gracias al fácil acceso que tenemos a la información y a esa formación pública de calidad habilitada en muchos lugares del planeta, decidimos ser cooperadores necesarios de nuestra propia manipulación. Esto lo hacemos cada día con gestos cotidianos totalmente automatizados, cuando proporcionamos nuestros datos personales al navegar por internet y suscribimos a ciegas ciertas cláusulas cuyo alcance se ignora. El tecno-feudalismo plutocrático que sólo rinde culto al dinero, fruto de una despiadada e improductiva especulación financiera, utiliza sus recursos para cincelar nuestras necesidades y aficiones, las orienta hacia un consumismo compulsivo incluso entre quienes deben optar por endeudarse para mantener semejante adicción. La interacción personal se desdibuja en aras de una realidad virtual donde nuestros avatares digitales acaban suplantándonos por completo, mientras dialogamos absurdamente con asistentes virtuales que nos tratan como si

nosotros mismos fuéramos también robots. En la segunda *Crítica* kantiana encontramos esta interesante reflexión respecto a una hipotética máquina pensante, como solemos definir a la IA: “La consciencia de su espontaneidad supondría simplemente un engaño si fuera tenida por libertad, puesto que la última causa sería encontrada sin embargo en mano ajena”.³

Los algoritmos de la programación inicial y su sesgo determinarán cuanto pueda hacer ese sofisticado artefacto; por mucho que se recicle con renovados adiestramientos y logre desarrollar sorprendentes cálculos, nunca operará libremente, porque para eso habría de tener una voluntad propia que le permitiera reflexionar moralmente sobre unas u otras opciones, haciéndose responsable de sus decisiones, algo que resulta privativo del ser humano, al tener una capacidad judicativa, junto a las facultades del conocer y desear, como desarrolla Kant en su tercera *Crítica*. Bien al contrario, el ser humano está condenado constitutivamente a ser libre (por utilizar la expresión de Sartre) y asumir una responsabilidad que no cabe transferir a ninguna otra instancia, dada esa conciencia moral que le dota de una espontaneidad irrecusable:

Cabe conceder que si nos fuera posible poseer tan honda penetración en un ser humano, tal como si modo de pensar se deja ver mediante acciones externas e internas, de suerte que hasta el móvil más insignificante nos fuera confesado y conociéramos también todas esas circunstancias exteriores que inciden sobre dichos móviles, podría calcularse la conducta de un ser humano en el futuro con esa misma certeza que permite pronosticar los eclipses del sol o de la luna y, pese a todo, podría mantenerse junto a ello que tal ser humano es libre.⁴

³ AA 05 101.

⁴ AA 05 99.

Lo malo es que parecemos empeñados en renunciar a ese magnífico don que supone la libertad, porque nos resulta mucho más cómodo delegar la función de pensar por cuenta propia en quienes pretenden tutelarnos como si fuéramos menores inmaduros. Por eso urge reivindicar ese aserto que Kant enarboló como divisa de la Ilustración, atreverse a servirnos de nuestras propias neuronas y asumir que siempre podemos equivocarnos. Fantaseamos al dar atributos humanoides a una portentosa IA, cuando lo que debería preocuparnos es convertirnos en robots con aspecto humano. Soñamos con devenir *cyborgs* prácticamente omnipotentes e inmortales, cumpliendo con las querencias del transhumanismo, cuando más bien deberíamos atender a las ventajas de una fragilidad que nos hace interdependientes y menesterosos de una fecunda cooperación mutua, tal como nuestra preciosa falibilidad nos inmuniza contra los dogmatismos excluyentes y la intolerancia, dado que necesitamos falsear colectiva y paulatinamente las hipótesis de todo tipo gracias a un sano escepticismo metodológico. Al nacer y en la última etapa vital somos hartos menesterosos, algo que también puede ocurrirnos en cualquier otro momento de la vida. De ahí que vivamos en comunidad para prestarnos mutuo auxilio cuando sea necesario.

En cambio, la reaccionaria e integrista doctrina ultra neoliberal predica un implacable darwinismo social que decanta a los triunfadores y establece esa supremacía eugenésica propia del totalitarismo desde la noche de los tiempos. El problema es que se nos bombardea con persuasivos mensajes vehiculados por los omnipresentes dispositivos digitales y esa fascinante propaganda cala en el imaginario colectivo, cual si fuera un arquetipo jungiano. Resulta difícil no suscribir una servidumbre voluntaria que nos promete satisfacciones instantáneas y con escaso esfuerzo por nuestra parte, cuando lo suyo sería revidar nuestra jerarquía de valores para poner las cosas en su sitio. Pero esto requiere cobrar conciencia del problema y asumir la tarea de forjarnos un talante moral que nos blinde contra los taumaturgos políticos. Aunque parezca mentira, el formalismo

ético de Kant supone una herramienta extremadamente útil para vacuarnos contra esta pandemia sociopolítica. Se trata de que arbitremos nuestros propios criterios morales y los pongamos en práctica pese a que contraríen los códigos de uso, tal como recomienda Javier Muguerza con su kantiano *imperativo de la disidencia*. Esto nos evita volvernos cómplices por acción u omisión de todo aquello que nos parezca injusto para con los demás o nosotros mismos. Esta ética del aprender a *decir que no ante las injusticias* de todo tipo fue definida por Muguerza como una *moral a la intemperie*, al no tener el cobijo que brindan los hueros argumentos de autoridad.

A modo de colofón

Hace dos años celebramos el tercer centenario del natalicio de Kant y sorprende comprobar cómo sus reflexiones continúan siéndonos de alguna utilidad para encarar los acuciantes problemas del presente, sobre todo en materia de índole moral y política. Es lo que sucede con aquellos pensadores que alcanzan la categoría de clásicos cuando su obra sabe perdurar con el paso del tiempo. Por supuesto, no se trata de recurrir a ella como si sus textos debieran ser coreados por sus acólitos cual verdades reveladas, serán lo primero que debe someterse a una rigurosa crítica para poner al descubierto sus fallos y lagunas. Eso hace que nos interesen muy poco sus desafortunados ejemplos o algunos comentarios que nos dejan boquiabiertos pese a contextualizarlos en su época. Lo que nos interesa son las preguntas formuladas. Resulta notable que Cassirer, traumatizado por la reacción de personas cultas que vieron en el ascenso del nazismo un dictado del destino, decidiera volver sus ojos a un autor como Goethe, quien recomendaba pensar en lo imposible para dar pie a las utopías; o marchase a París para medirse con los especialistas más reputados en el pensamiento

de Rousseau. Hizo de la metafísica moral kantiana su mejor ariete contra Hitler, como muestra su *Filosofía moral, derecho y metafísica*.⁵

En el caso de Kant, sus cuestionamientos mantienen toda su vigencia. Su qué podemos conocer podría completarse ahora con aquello que nos conviene ignorar bajo la forma de bulos cuya verosimilitud resulta escalofriante. La cuestión sobre lo que debamos hacer quedó abierta gracias al formalismo ético, puesto que nos corresponde practicar un experimento mental para dirimir un criterio válido para cualquiera bajo toda circunstancia, causando el menor daño posible, al ponernos en la piel de los demás. Esto requiere tener una indudable autoconfianza en que nuestro comportamiento podrá contribuir a transformar la realidad política social paulatinamente, aun cuando haya momentos que parezcan desmentirlo. Su interés por la esperanza no es terapéutico. Para paliar nuestro miedo a la muerte o suplir nuestras carencias con el auxilio de una hipostasiada omnipotente instancia superior. Sus filosofías de la historia y de la religión manejan una esperanza laica que no requiere invocar deidad alguna. Las claves de nuestro comportamiento moral, aquello que puede lograr dejarnos contentos con cuanto decidamos hacer, son responsabilidad y una irrenunciable autonomía, como señala una curiosa nota de su *Religión dentro de los límites de la simple razón*: “La conciencia moral debe verse azuzada y acicateada para no descuidar lo bueno por hacer y tender a reparar las consecuencias del mal perpetrado, sin servirse del consuelo espiritual y religioso como una disculpa que calma la conciencia *cual si fuera opio*”.⁶

⁵ Ernst Cassirer, *Filosofía moral, derecho y metafísica* (Ciudad de México: Herder, 2010).

⁶ AA 06 78n.

Referencias

- Aramayo, Roberto R. *El talante moral de la Ilustración y sus correlatos políticos*. Ciudad de México: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2025.
- Cassirer, Ernst. *Filosofía moral, derecho y metafísica*. Ciudad de México: Herder, 2010.
- . *Rousseau, Kant, Goethe: Filosofía y cultura en el Siglo de las Luces*. Traducido por Roberto R. Aramayo y Salvador Mas. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2017.
- Kant, Immanuel. *Lecciones de Ética*, traducción en colaboración con Concha Roldán. Barcelona: Crítica, 1988.
- . *Antología de inéditos kantianos*. Barcelona: Península, 1990.
- . *Antropología práctica (según el manuscrito de Mrongovius)*. Madrid: Editorial Tecnos, 1990.
- . *Fundamentación para una metafísica de las costumbres*. Madrid: Alianza Editorial, 2012.
- . *Crítica del discernimiento, o de la facultad de juzgar*, Salvador Mas, coeditor. Madrid, Alianza Editorial, 2012.
- . *Crítica de la razón práctica*. Madrid: Alianza Editorial, 2013.
- . *¿Qué es la Ilustración? Y otros escritos de ética, política y filosofía de la historia*. Madrid: Alianza Editorial, 2013.
- . *Hacia la paz perpetua: Un diseño filosófico*. Madrid: CTK E-Books, 2018.
- . “Sobre el *mal radical* en la naturaleza humana, o de la morada interior del principio moralmente *malo* junto al bueno”, *Con-Textos Kantianos* CTK10 (2019), pp. 204-229.
- . *El conflicto de las facultades: En tres partes*. Madrid: Alianza Editorial, 2020.